

LA LEYENDA DE LAS DOS VIZCACHAS

DEL CERRO BAÚL (MOQUEGUA)

SEUDÓNIMO: HERVÉ JONCOUR

Fue una noche larga, lerdá, inquieta. María, madre de Esteban y esposa de Juan Coayla, se la había pasado despierta y sentada en el sillón de varas de sauce y chito entretejido sin poder respirar normalmente. Apenas se recostaba en la tarima sentía que los pulmones se volvían dos globos de aire donde no entraba ni medio respiro más. Su rostro reflejaba angustia, cansancio y el sudor seco marcaba surcos tortuosos en la frente y en cuello, similares a los de la chacrita de papas que sembraban a la orilla del río Tumilaca.

Ya venía afiebrada desde hacía unos días. El clima frío y las madrugadas para trabajar la tierra al lado de Juan la habían expuesto y ahora la neumonía la tenía atrapada y con amenaza de empeorar. Hoy, justamente cuando escuchó el canto de su gallo en el corral cerca de su casita, un acceso de tos le arrancó, junto a la flema, rasgos de sangre que los alarmó de sobremanera a los dos.

Río abajo quedaba Moquegua, pequeño caserío de cuatro manzanas de casas a lo mucho y eso, pero lo peor: no había un médico a quien recurrir. Con las justas mamá Angelita la comadrona y el curador Aurelio Cutipa brindaban servicio. Era mediados de 1824 y apenas habían llegado noticias que la patria grande estaba por ser libre. Entonces, el río abajo no ofrecía solución alguna.

Apenas despuntó el alba, los esposos tristes, asidos de las manos y con la preocupación de abrigo, tomaron una decisión: Juan y Esteban - padre e hijo- debían marchar hacia el apu cerro Baúl por cuyas laderas crecían los huarangos para coleccionar sus flores amarillas que sanarían a María. Debo llevar al niño –dijo

Juan- para poder alcanzar las más amarillas que crecen en las copas y no dañarlas a pedradas o a palazos como se cosecha los pacaes. No.

Las flores del huarango, para que puedan curar, deben ser arrancadas con delicadeza y pronunciando el rezo que lo habían aprendido desde sus antepasados: “Hermano huarango, préstame tu flor, a cambio te entrego una gota de sangre de mi corazón”.

Para ello, Juan pensaba cargar sobre sus hombros a Esteban a fin de llegar a las flores más altas del árbol y ahí –de pie, bien paradito- tenía que punzar su dedito con una de las filosas espinas del propio huarango y depositar la primera gotita de sangre justamente en el lugar donde arrancaba la flor. De esa forma se aseguraba el éxito de la sanación del enfermo. De lo contrario, nada se obtendría.

Partieron a eso de las diez de mañana por un sendero que los llevaría hasta las faldas del apu cerro Baúl. Mientras iban ascendiendo lentamente, Esteban, de siete años recién cumplidos al final del último otoño, se preguntaba si a ese cerro que llamaban apu no le molestaría que fueran a robarle flores. Pensativo y concentrado, mientras trataba de colocar sus pies sobre las mismas huellas de las pisadas de su padre – cosa que no lograba por ser pequeño- se preguntaba si ese señor apu no los estaría aguardando escondido en alguna quebrada para hacerles daño. Así se le pasó la tarde entera entre huellas y pensamientos angustiantes.

Les cayó la noche a los dos caminantes obligándolos a buscar un lugar donde descansar. Por el intento de avanzar lo más que podían para retornar al día siguiente con las flores de huarango para salvar a María, papá Juan había subido

—en la oscuridad serrana y bien negra- la cuesta más de lo esperado que los llevaría casi hasta los huarangales perdiendo el reconocimiento de los alrededores donde iban a guarecerse del frío esa noche.

Padre e hijo se recostaron en la mitad de una colina dentro de lo que parecía ser una especie de huella donde antes habría estado reposando una roca que seguramente rodó por algún movimiento telúrico quien sabe siglos atrás. La noche era oscura, no había estrellas en el firmamento, el silencio andino alcanzaba su máximo esplendor. Nada se oía, nada se movía, ni el viento. La quietud del ande a veces, da más miedo que las peores tormentas. Ambos, agotados, se durmieron prontamente.

A media noche, Juan se levantó a orinar. Debe ser el frío, pensó, debe ser el mate, pensó. En medio de la oscuridad trató de alejarse un poco, caminó a tientas unos metros sobre un terreno escabroso y de pronto, inesperadamente, sintió el vacío, la succión de la nada, la caída.

En medio del silencio y el frío serranos solo se escuchó un ruido seco, contundente, brutal. El cráneo de Juan se había destrozado en el extremo filoso de una roca al fondo de una quebrada. ¡Qué desgracia!

Luego de aquella interrupción del mutismo natural, el silencio volvió más cruel que nunca por estos cerros solitarios. El cuerpo de Juan yacía inerte y la vida se escapó apurada de entre los huesos destrozados. Había muerto.

Pero, pero no era justo. El cielo raso, la noche intensa y hasta las piedras frías reclamaron porqué. El alma de Juan se sentó a un costado del cuerpo y... ¡se puso a llorar! Las preguntas empezaron a desgranarse una a uno entre lamentos

y dolor ¿Quién devolvería a su hijo al hogar? ¿Quién salvaría a María? ¿Quién dejaría la sangre en los cogollos de la flor del huarango? ¿Quién?

Los múltiples clamores que estremecían la noche eran escuchados por el apu. El alma de Juan entonces se dirigió a él: Quiero volver, le dijo. Concédeme el retorno. Quiero devolver a mi hijo al hogar. Sé que no puedo tomar mi cuerpo de humano, pero quiero volver para guiar a mi hijo hasta el hogar. Devuélveme al mundo en la forma que desees. Luego de ello me marcharé al ucku pacha.

El apu milenario se conmovió ante el pedido y accedió. Volverás, bramó. Milagrosamente el alma de Juan fue tomando forma...cuerpo robusto, redondeado. Cabeza voluminosa, ojos grandes y orejas medianas, anchas en la base, estrechas en la punta. Hocico corto y vibrisas largas, duras, oscuras. Pelaje pardo claro, color cenizo, abundante, suave y grueso... ¡ahora era una vizcacha!

Sin pensarlo dos veces saltó de roca en roca con tal rapidez que hubiera sido difícil seguirla con la vista. Tenía prisa. Para esto, ya el alba rayaba y era momento de volver. Cuando llegó donde había quedado Esteban lo vio incorporarse rápidamente de aquel hoyo preocupado porque no estaba su padre al lado. Lo llamó dos, tres veces: ¡papá Juan, papá Juan! Pero únicamente el viento de la aurora le respondía silbando.

Juan, reencarnado en vizcacha, no sabía cómo iba a comunicarse con su hijo. Se acercó con sigilo para no asustarlo. Se detuvo a unos metros y lo miró a los ojos. Tenía la esperanza de que Esteban encontrara en su mirada aquella firmeza y convicción que los demás decían que poseía. Mirada esperanzadora, franca, fresca, decían.

Esteban, por alguna razón no sintió temor al verla. La vizcacha empezó a recorrer tres, cuatro metros hacia debajo de la cuesta y volvía a subir, una y otra y otra vez. Se paraba en sus patitas trasera frente a él y reiniciaba el ir y venir, hasta que Esteban comprendió.

No veía a su padre por ningún lado y decidió seguir a ese animalito. Y así fueron descendiendo con prisa, con ansiedad, trotaban por tramos, corrían por otros. El objetivo de Juan era devolver a Esteban a su hogar junto a su madre. Ella lo cuidaría hasta que se haga hombre y luego sea el quien cuidara de su madre. Solo eso deseaba en su profundo corazoncito que latía doblemente de pena y dolor por lo acontecido.

Ya cerca del medio día divisaron la casita a cierta distancia. Juan Vizcacha se detuvo en lo alto de la última colina antes del llano que lo llevaría directo al hogar. Contempló el tejado, el corral, la puerta que el mismo había confeccionado, el horno a unos metros del fogón donde cocinaron tantas veces cuando eran solo dos y luego tres con la llegada de Esteban. Dicen que los animales no lloran, pero Juan Vizcacha lloró. Dos lágrimas rodaron por sus mejillas poblada de vibrisas largas, duras y se perdieron en el pelaje de su pecho cenizo claro.

Presintiendo algo malo, no sabría decirles por qué, decidió hacer señales para que Esteban lo espere ahí hasta que él descienda hasta la casa a ver. Raudamente recorrió los últimos trescientos metros hasta llegar cerca de la puerta de su casa cuando ésta se abrió y vio lo inesperado. Cuatro vecinos de río abajo retiraban el cuerpo de María envuelto en el pocho rojo que él solía usar cuando caía las heladas. ¡No podía creerlo! El dolor de perder al ser amado fue más duro que perder su vida la noche anterior. Pero, ¿Qué había sucedido?

Mientras los hombres cargaban el cuerpo los escuchó decir: Que mala suerte de María, encontrarse sola con esos arrieros delincuentes que pasan por esta quebrada llevando alcohol para Bolivia. Dicen que tres sombras habían sido vistas ingresando a su casa la tarde de ayer para robarle y ella opuso feroz resistencia así enferma como estaba, pero fue asesinada a cuchillazos por esos malvados ebrios. Se llevaron un saco de papas y el machete de Juan...por tan poco la mataron”.

Los cuatro hombres, más el cuerpo de María, se fueron perdiendo por el sendero que los llevaría al caserío de Samegua. Juan Vizcacha no salía de su asombro. Una enorme pena inundó su cuerpecito frágil. Pero ya no lloró. Respiró hondo y miró el cerro de enfrente, el cauce del río, su chacrita, su casa, el fogón y, girando su cabecita hacia la sierra, contempló al apu Cerro Baúl. Ante él, bajó la cabecita, cerró los ojos, apretó sus garritas y hasta sus orejitas adoptaron una actitud de profunda devoción. Pidió un último deseo, lo imploró. En ese instante nuevamente desde el imponente apu se escuchó un bramido. Su deseo había sido concedido. Bueno, Juan Vizcacha así lo entendió. Abrió los ojos, grandes, redondos, más vivos que nunca y en ellos resplandeció una mirada firme, franca, fresca.

Se despidió de su hogar con una venia mientras sus garritas cruzaban su pecho y dio la espalda a su pasado para nunca más volver. Recorrió nuevamente esos trecientos metros y pasó raudamente junto a Esteban. No se detuvo. ¡Parecía que habían pactado una carrera hacia la cima del apu! Esteban inmediatamente viró detrás de Juan Vizcacha y le gritó con vigor, pero con esperanza: ¡papá Juan espéreme! mientras que sobre la tierra de aquella colina se dibujan las huellas

de dos vizcachas que, juguetonas, no paraban de correr por quebradas, colinas y senderos.

Si tu viajero, las avistas, pide, como Juan, un deseo. El apu cerro Baúl te lo concederá.

FIN